

LA REVOLUCIÓN FILIPINA EN LA PRENSA MEXICANA

(1898-1899)

María Elena RODRIGUEZ DE MAGIS
El Colegio de México

EL 20 DE ABRIL DE 1898, el gobierno de los Estados Unidos recibió del Congreso autorización para hacer uso de la fuerza en contra de España y colaborar en la liberación de Cuba. El objetivo de esta guerra parecía muy claro: lograr la pacificación de ésta y entregar luego su gobierno y control al pueblo cubano. Así planteadas las cosas, el conflicto gozó de mucha popularidad entre los norteamericanos que lo sintieron como una afirmación más de su propia independencia.

Ahora bien, apenas transcurrido una semana desde la iniciación de la guerra, cuando, el 1 de mayo, el escenario del conflicto se amplía desplazándose del Caribe al Lejano Oriente. La flota americana comandada por Dewey atacó Filipinas y derrotó, con la ayuda de los insurrectos filipinos dirigidos por Aguinaldo, a las fuerzas que los españoles tenían acantonadas en las islas.

El desplazamiento del campo de operaciones implicaba un cambio en los objetivos primarios de la guerra y el ataque a las colonias españolas de Filipinas tuvo consecuencias muy diferentes a los de la intervención en Cuba. El presidente Mackinley, contrariando todos los principios que hicieron posible la independencia de su país y atendiendo sólo a los intereses económicos que pugnaban por una base que les permitiera el comercio con Oriente, obligó a España a ceder las islas por veinte millones de dólares.

Esta derivación del triunfo militar en Filipinas tuvo importantes consecuencias tanto en la política interna de los Estados Unidos como en el movimiento de insurrección filipino. El Tratado de París, firmado con España el 10 de diciembre de 1898, fue duramente discutido en los Estados Unidos. La posibilidad de anexar un pueblo sin su consentimiento causó gran disgusto en muchos norteamericanos que lo sintieron como un acto contrario a sus ideales de indepen-

dencia y a sus principios democráticos. La lucha para lograr la ratificación del Tratado de París fue larga y sólo el 6 de febrero de 1899, se obtuvieron los dos tercios necesarios en el Congreso. Para los insurrectos filipinos que, al igual que los hispanoamericanos a principios del siglo, luchaban por la independencia de su país, el resultado de la guerra no pudo ser más desconcertante. Si bien es cierto que Aguinaldo y su gente habían pensado en la ayuda y hasta protección americana, ésta estaba condicionada a un periodo determinado, indispensable para organizarse. La decisión final del Tratado de París por el cual Filipinas quedaba bajo dominio americano, fue desobedecida por el jefe Aguinaldo y los insurrectos. Los Estados Unidos terminaron el conflicto reduciendo por la fuerza el intento filipino de independencia.

El desarrollo de esta guerra denominada Hispano-americana, fue seguido con especial interés por la prensa mundial que veía en la suerte favorable de los Estados Unidos, el surgimiento de una nueva potencia de proyecciones internacionales. México, por su situación geográfica estaba muy cerca del escenario de los acontecimientos, por esto quizá los intereses que estuvieron en juego fueron mucho mayores que en el resto de la América Española. En la prensa mexicana de la época encontramos abundantísima información y sustanciosos comentarios de editoriales en las que podemos ver claramente las distintas posturas que se defendieron durante el desarrollo de la guerra y después en la discusión y firma de los tratados de paz.

El gobierno del general Porfirio Díaz mantuvo al país en la neutralidad durante todo el conflicto. Su posición, muy criticada por algunos sectores fue defendida por la prensa oficialista, en especial por *El Imparcial*, el periódico más importante dentro de esta línea. En los primeros momentos las editoriales se reducen a descripciones histórico-geográficas del "Teatro de la Guerra" sin más comentario porque, de los resultados del combate "nos ha dado cuenta el cable";¹ o a simples narraciones con abundancia de detalles.²

El Imparcial hace suya la neutralidad del gobierno y se defiende continuamente de los ataques de otros periódicos, sosteniendo que su "único propósito es servir a México, y constituir un periódico netamente nacional".³ La prensa favorable a España los acusa insistentemente de recibir dinero americano para atacar a la Península y defender la causa estadounidense. El lunes 4 de julio en un extenso editorial, *El Imparcial* fija los puntos principales de la polémica que viene sosteniendo:

Primero. ¿Qué interés pueden tener los americanos en hacerse en la prensa de México de uno o más periódicos que le sean adictos? ¿Qué causas tienen los españoles para comprar a la prensa de México y ponerla adicta a su servicio?

Segundo. ¿Cuál ha sido la conducta de los periódicos sostenidos por españoles desde que se declaró la guerra? ¿Cuál ha sido en este tiempo la actitud del Mundo y El Imparcial?

Tercero. ¿Cuáles son los antecedentes periodísticos de cada uno?

Al primero de los puntos contestan que poco puede interesar la opinión de una prensa escrita en idioma extranjero y “que por consiguiente, en nada, absolutamente en nada, podría influir en el ánimo de sus conciudadanos, y en cambio tienen en su país periódicos con tiro de millones de ejemplares que levantan el espíritu de los suyos. . . . El que pudiera tener, sería el de inclinar la opinión de los mexicanos a su favor ¿Y para qué? ¿De qué serviría a los Estados Unidos tener de su parte a los mexicanos si el gobierno se ha declarado neutral? ¿Acaso están abriendo suscripciones para sostener la guerra o siquiera a beneficio de los heridos? . . .” En caso muy diferente —continúa el periódico— se encuentran los españoles. Su primer intento fue lograr que toda la América Latina le declarara la guerra a los Estados Unidos: después reavivar el resentimiento de los mexicanos por la guerra de 47; por último los potentados españoles millonarios de México tienen especial interés en despertar el patriotismo de sus coterráneos para que colaboren en los gastos de la guerra, entre los que incluye el pago de la prensa que les hace propaganda. En conclusión: “Los americanos no tienen ningún interés en que la prensa de México esté a su favor, y para los españoles es punto radical tenerla comprada y a su favor”

Con respecto al segundo punto, contesta que los periódicos españoles tienen llenas sus columnas de artículos injuriosos contra “la nación americana y sus habitantes, uno o dos artículos adulatorios para España y para los españoles, y tres o cuatro soeces contra los periódicos que no hacen lo mismo que ellos. . . .” Y agrega: “en cambio, pedimos a los señores que nos señalen un solo artículo de *El Mundo* o de *El Imparcial*, desde que se declaró la guerra, que contenga una sola injuria a España, clara, directa, bien definida, como las de ellos a los Estados Unidos; un solo artículo adulatorio a los americanos, así tan cínico, tan servil, como los que ellos publican a diario, o una calumnia para ellos con motivo de sus alabanzas a los españoles”.

En cuanto al tercer punto denuncia los lazos que unen a varios periódicos, a los cuales cita, con los intereses españoles y la forma como actúan. Termina diciendo: "Además —y esto es sin duda de positiva importancia— *El Mundo* y *El Imparcial* son los periódicos más francamente amigos del Gobierno, y por eso han seguido la conducta recomendada por el Primer Magistrado de la República en su circular sobre la neutralidad. ¿Si no hubiéramos cumplido con ésto, se cree que pudiéramos aún decir que somos amigos considerados del gobierno?"⁴

A partir del pedido de paz por España y hasta la ratificación del Tratado de París por el Congreso americano, *El Imparcial* es pródigo en información, tanto cablegráfica como especial, sobre el desarrollo del problema filipino. Describe las múltiples sorpresas que esta guerra ha deparado y comenta artículos de la prensa madrileña en donde se quiere explicar las causas que han provocado la pérdida de la guerra. Por último, poco antes de ratificarse el Tratado de París, *El Imparcial* defiende la actitud neutralista del gobierno mexicano, que por conveniencia pudo haberse inclinado por los Estados Unidos: "En la guerra hispano-americana, el fuerte era el país del Norte, y la oportunidad no podía ser más propicia siquiera para manifestar simpatías al coloso; y sin embargo, ese coloso acaba de mostrarse agradecido según la declaración solemnísimas de su Embajador *por la perfecta neutralidad de nuestro gobierno...*"⁵

Frente a la prensa oficialista que analizamos a través de *El Imparcial* encontramos al periódico *El Tiempo*, de posición católica definida, como lo anuncia en la primera plana, y con una visión de la guerra muy distinta a la anterior. Las simpatías por la causa española son claras y abundantes. Desde que comienza el conflicto *El Tiempo* da por descontado el triunfo de las armas españolas.

El triunfo de las armas españolas en Filipinas anunciado desde la semana pasada, es un hecho ya por fortuna, y ha llenado de alegría á todos los que simpatizan con la noble causa de España y á los que se dan cuenta exacta de los resultados que para la causa de América y de la raza latina tendrá esta guerra.⁶

El contenido de esta nota resulta muy interesante si se tiene en cuenta que en toda la información cablegráfica que publican los periódicos de la época, se habla, desde el principio, de un triunfo americano y no español, como pretende el editorialista. No pudiendo sostener este punto de vista por

lo adverso de las informaciones posteriores, escriben al día siguiente: "La fantasía yankee ha tenido mucho campo donde lucirse con motivo de la primera batalla librada por los buques de los beligerantes en aguas de Filipinas."

Con el mayor desplante se atribuyen el triunfo los norteamericanos y dan por destruida la escuadra española, tomada la ciudad de Manila y terminada para siempre la dominación hispana en Filipinas. La posibilidad de falsear la noticia se la atribuye a la distancia y a las malas comunicaciones. Tal idea —prosigue— "sólo puede caber en la cabeza de periodistas yankees que no saben lo que es la guerra". Y más adelante dice: "No se conquista una ciudad y menos un país, sin soldados y los yankees no tienen un sólo soldado en Manila, pues los tripulantes de buques sólo son aptos para manejar éstos. En cuanto á los insurrectos tagalos no hay ni que hablar de ellos, pues apenas forman unas chusmas indisciplinadas".⁷

Llama mucho la atención la forma en que la editorial se refiere a los insurrectos tagalos, más si se tiene en cuenta que esta apreciación la hace desde un país hispanoamericano, que al igual que los otros, debió luchar mucho para obtener la misma independencia a que ahora aspiraban los filipinos.

En el resto del mes de mayo, *El Tiempo*, acusa a la Prensa Asociada que deforma las noticias para favorecer a Estados Unidos, lamenta que México no se pueda comunicar con Oriente a través de Panamá, para poder obtener noticias sin censura. Después de numerosas alabanzas a la heroicidad demostrada por los españoles a lo largo de su historia, tiene las palabras y los juicios más duros y burlescos para los insurrectos, tales como: "Aguinaldo (¡risueño nombre!) jefe de mucho prestigio entre los traidores de Filipinas..." o "Aguinaldo es un malvado que para hacer feliz a su patria, se sale de ella y ahora se va con los invasores yankees para que éstos amparen y protejan al cobarde".⁸

El Tiempo también critica al gobierno mexicano por su actitud neutralista, la que atribuye a la influencia americana. "Desgraciadamente —comenta— en todos nuestros asuntos de política interior se han mezclado los yankees. Quienes á ellos se han subyugado, quienes á ellos han servido han logrado escalar el poder, en épocas no remotas, y han mendigado la protección de la Casa Blanca para mantenerse en el puesto."⁹

En agosto, cuando España ha solicitado la paz, el periódico ataca al gobierno liberal español, que acepta condiciones vergonzosas impuestas por los Estados Unidos y especialmen-

te al gabinete de Sagasta que es capaz de hacerle al país cualquier mal.¹⁰

Durante toda la guerra, y aún después de la firma del tratado de paz, *El Tiempo* trae abundantes críticas a los americanos, tanto en su política interna como en su actuación exterior y en particular a las condiciones impuestas a España. Desde iniciado el conflicto, *El Tiempo*, también dedica duras acusaciones a toda la prensa que no ha manifestado su apoyo a la Península, Incluye en este sentido, informaciones extranjeras de los nombres de periódicos franceses y de otras partes que muestran su decidida simpatía por la causa de España.

El 15 de octubre de 1898 sale a la calle en México un nuevo periódico titulado *El Liberal*. Declara ser de corte independiente, no tener la protección oficial, y contar entre sus propósitos con ser un diario moderno, amplio en información y con editoriales en donde se respeten todas las creencias.

En lo que respecta a la guerra de Filipinas, trae abundante información cablegráfica, sobre todo de España. El 23 de octubre publica las fotografías de los presidentes de las comisiones española y americana que están elaborando el Tratado de París, pero sin ningún comentario especial. El periódico no hace editoriales sobre el problema de Filipinas, pero a través de los comentarios que publica de la prensa extranjera, se nota claramente sus simpatías por la causa española. Reproduce una editorial de *Le Gaulois*, en la que se vincula la cuestión de Filipinas a las próximas elecciones americanas. "El partido republicano —dice— (al cual pertenece Mr. McKinley) ha incluido en su programa la anexión de las Filipinas y el Presidente en su último discurso ha hecho algunas alusiones demasiado comprensibles." En el Tratado de París, sugiere *Le Gaulois* que

los americanos han obrado con tal precisión que han sabido evitar que se colocara la cuestión de Filipinas al principio del Protocolo a fin de que la discusión no tuviese lugar sino hasta lo último de las negociaciones, y sobre todo para prevenir a cuales elecciones americanas puede dar lugar.

Cuando el pueblo americano sepa que la soberanía de España en Filipinas ha sido reservada de común acuerdo, es evidente que en su probidad características, ese mismo pueblo se apercibirá que ha sido engañado por el gobierno (cuyos actos no están de conformidad con sus palabras), y juzgará que los Estados Unidos tienen el deber de cumplir lo ofrecido a España.

Esto costará, tal vez al partido republicano, la pérdida de un gran número de sitios en el Parlamento.¹¹

Al informar sobre los insurrectos filipinos, *El Liberal*, vuelve a inclinarse en favor de España. Muestra todas las deficiencias que presentan y dice:

Es inminente una disrupción completa de las fuerzas del dictador Aguinaldo, y con ello surge el peligro de que esas huestes, fraccionadas, se conviertan en partidas de merodeadores y bandidos.

Aguinaldo, desprovisto de gente que lo sostenga, tendrá que huir del país o echarse en brazos de los americanos.¹²

No cabe duda que es original el título de *dictador* con que en la información anterior se designa al jefe tagalo.

El diario del hogar, fundado en 1881 por Filomeno Mata, se ocupó con especial interés en la guerra con Filipinas. Apenas iniciada, el periódico comenzó a publicar una información muy abundante con el título de: "El conflicto Hispano-Americano", en la que figuran por igual noticias referentes a los Estados Unidos, a España y a los insurrectos. En algunos casos la información iba precedida de un subtítulo en el que decía "versión americana", "versión española", etc. Las editoriales muestran una posición muy diferente a las que hemos comentado en los periódicos anteriores. *El diario del hogar* se manifiesta como una publicación hispanoamericana, y por supuesto sus intereses se vuelcan por los insurrectos filipinos, en quienes ve reflejado un pasado todavía muy cercano. El 20 de agosto, en un editorial en que comenta la toma de Manila dice:

Por fin el 13 del actual y tras media hora de terrible bombardeo se rindió Manila a las fuerzas combinadas de Dewey, Merrit, Arthur, Green y Anderson, dándose por terminada, al menos por ahora, la contienda hispano-americana en Filipinas, pero tras este final ya esperado, nos a venido a sorprender algo no debido en nuestro concepto, algo incorrecto que revela una conducta equívoca de parte del gobierno americano, y este algo es la orden terminante de que la ocupación de Manila se haga sin el concurso de los rebeldes, que no se les permita a éstos entrar en manera alguna, que se les obligue a reconocer la ocupación militar y la autoridad de los Estados Unidos y la suspensión de las hostilidades dispuestas por el Presidente, y que se use de todas las medidas que sean necesarias para hacer acatar esta disposición.

¿Qué significa ese sistema de terror, qué esa prohibición ines-

perada, qué, en fin, ese alejamiento de los luchadores que se han sacrificado por obtener su libertad del inclemente y odioso yugo español?

Esto es lo que no nos podemos explicar.

Que las fuerzas vencedoras hagan que los insurrectos suspendan las hostilidades y respeten la ocupación americana de Manila, está perfectamente bien; el poderoso ejército del Norte que está siendo admirado por el mundo por su manera de luchar, su notable estrategia y los triunfos obtenidos casi sin lucha y sin derramamiento de sangre, tiene el deber de mantener el orden, la corrección y la disciplina en los pueblos que ocupa; pero prohibir a los filipinos que entren en los lugares ocupados por el ejército vencedor, sin interrumpir ese orden, indica a las claras que no tienen la intención de libertarlos de la tiranía ibérica, que no se ha querido ayudarlos en su obra redentora, sino que se busca otro fin que no queremos creer ni podemos esperar.

Después de elogiar la conducta de los norteamericanos durante toda la guerra, prosigue:

En días pasados llamábamos la atención del Presidente acerca de que en las bases de paz no veíamos nada relativo a Filipinas, y creíamos y seguimos creyendo que no salvar a estos pueblos en esta oportunidad, es dejar incompleta la obra; pero ahora que el último procedimiento nos deja entrever algo que no quisiéramos sospechar, es de nuestro deber levantar la voz pidiendo para aquéllos héroes que han luchado por su independencia, la protección leal, franca y desinteresada del Presidente de los Estados Unidos, y que no se tuerza una buena obra convirtiéndose en una monstruosidad increíble.¹³

En el mes de febrero de 1899, cuando ya estaba firmado el Protocolo de París y sólo quedaba la ratificación por parte del Congreso Americano, todavía *El Diario del Hogar*, sigue defendiendo a los insurrectos y llamando la atención del pueblo americano sobre el giro que los acontecimientos han tomado. Dice en uno de sus editoriales: "Hace mucho tiempo que venimos excitando al patriotismo de los Estados Unidos, a efecto de que de una manera franca y cumpliendo los nobles propósitos que todo el mundo creyó que tenían al tomar parte activa en la terminación de la dominación española en el archipiélago, que no se creía fueran otros que asegurar a los tagalos su absoluta independencia."

Aguinaldo al enterarse de las condiciones en que fue firmado el Tratado de París, se niega a aceptarlo y rompe las hostilidades con los americanos, "después de esperar inútil-

mente que la situación respecto a su independencia se definiera de una manera favorable". El periódico analiza las distintas fases de la guerra y como a pesar de las evidencias cada vez mayores de un cambio americano, ellos se han resistido a darles crédito.

Pero los hechos ya hacen innegable el vuelco americano, entonces comenta el editorial que, el ejército americano "representa la fuerza y los tagalos el derecho, su anhelo ha sido sacudir el yugo español, y no podrían conformarse con sólo cambiar de tirano; si entreven que sus esperanzas no tienen soluciones favorables, razón de sobra tienen para lanzarse a las vías del hecho, y cualquiera que sea su solución, si se comprueba que ha habido deslealtad por parte de los Estados Unidos, el estigma más vergonzoso caerá sobre esa nación que bien pudo coronarse de gloria, llevando su generosa ayuda a los pueblos que con tanta abnegación han buscado su mejoramiento."

El periódico no pone en duda en ningún momento, los merecimientos filipinos para su independencia, a propósito de ella sostiene:

Todos los pueblos tienen el derecho de ser libres, pero repetimos, los filipinos más que ningún otro merecen este resultado, porque ha sido largo el periodo de sus luchas, heroicos sus sacrificios y fundadas sus esperanzas de ver coronados sus esfuerzos por éxito satisfactorio; y sería verdaderamente censurable, que el pueblo que ha causado la admiración del mundo por su fuerza, su saber y su riqueza, viniera en lugar de ejercer como coronamiento de su obra la generosidad que es inherente al poderoso, a pretender oprimir al desvalido y a apoderarse de lo que legítimamente les pertenece a los heroicos tagalos.¹⁴

La insurrección tagala, ahora contra los americanos, se prolongó todavía y *El Diario del Hogar* le siguió brindando su apoyo y explicando su sacrificada resistencia.

Es imposible —nos dice— que aquel heroico pueblo, que se había lanzado al sacrificio en busca de su libertad, que había talado sus campos, incendiado sus aduares y ofrecido su sangre generosa en holocausto, con la perspectiva de conquistar una patria independiente y libre, se conformara con cambiar de Señor y aceptara un nuevo dueño más o menos ilustrado, pero también un mandatario extraño, contra cuyo entronizamiento habían luchado sin descanso.¹⁵

El análisis de los diferentes enfoques dados por la prensa

mexicana de la época a la revolución filipina ponen de relieve una situación interna bastante compleja. Periódicos como *El Imparcial* o *El Mundo*, que defienden la postura oficialista, proclaman una neutralidad absoluta: neutralidad lógica en un gobierno con ideología positivista, en donde la paz y el orden debían mantenerse inalterables. *El Tiempo* y *El Liberal*, a pesar de lo opuesto de sus principios, defienden tanto la posición de España que terminan en una postura anacrónica. Olvidan por completo lo que costó a Hispanoamérica la guerra de independencia, y miran con desprecio o con indiferencia un movimiento como el tagalo, en el que se reflejan las mismas aspiraciones de los libertadores de nuestra América. En *El Diario del Hogar* en cambio, encontramos el sentir realmente hispanoamericano. El periódico de todo su crédito a los filipinos, tiene palabras muy duras y condenatorias para los Estados Unidos por frustrar un intento de independencia, y en definitiva muestra a una nueva generación hispanoamericana, con nuevos ideales y con una mayor conciencia de la responsabilidad que debe asumirse ante los problemas de otros, sobre todo si estos son similares a los propios.

1 "El teatro de la Guerra", *El Imparcial*, México, 3 de mayo de 1898.

2 "Heroicidad española", *Ibid.*, México, 9 de mayo de 1898.

3 "Nuestra actitud neutral", *Ibid.*, México, 30 de mayo de 1898.

4 "Una vez por todas. Fijemos la situación", *Ibid.*, México, 4 de julio de 1898.

5 "Españoles y gachupines", *Ibid.*, México, 7 de enero de 1899.

6 "La primera victoria", *El Tiempo*, México, 3 de mayo de 1898.

7 "Las noticias de la guerra", *Ibid.*, México, 4 de mayo de 1898.

8 "Comentario del día", *Ibid.*, México, 5 de mayo de 1898.

9 "Comentario del día", *Ibid.*, México, 7 de mayo de 1898.

10 "Comentario del día", *Ibid.*, México, 12 de agosto de 1898.

11 "La Conferencia de París", *El Liberal*, México, 21 de octubre.

12 "Filipinas. Aguinaldo en decadencia", *Ibid.*, México, 25 de diciembre de 1898.

13 "Boletín del Diario del Hogar", *Diario del Hogar*, México, 20 de agosto de 1898.

14 "Boletín del Diario del Hogar", *Ibid.*, México, 8 de febrero de 1899.

15 "Boletín del Diario del Hogar", *Ibid.*, México, 18 de febrero de 1899.